

LAS MUJERES Y LA ACADEMIA UNA ANTIGUA "CUESTIÓN"

MARIA CRUZ SEOANE



CRACIAS, don Juan. Ya nos sentaremos en ellos algún día las mujeres por derecho propio", respondió la condesa de Pardo Bazán a don Juan Valera, que había invitado galantemente a las señoras que estaban de pie a sentarse en los sillones de los académicos ausentes, un día de recepción en la Real Academia Española de la Lengua, con gran afluencia de público.

Valera le calculaba "uno o dos milenios", porque "los usos y costumbres, ya fundados en la razón, ya contrarios a ella, pues no quiero volver sobre esto, se oponen a que haya académicas de número", así como tampoco "electora, diputada a Cortes, ministra, catedrática de Universidad".

Casi todas esas plazas fuertes en que, defendidos por los "usos y costumbres", se atrincheraban los varones, han caído antes que la Academia. La propia Pardo Bazán fue catedrática de Universidad porque lo impuso contra viento y marea el ministro de Instrucción Pública Julio Burell, como antes había sido consejera de Instrucción Pública y presidenta de la Sección de Literatura del Ateneo. Muchas más cosas hubiera querido ser aquella estupenda señora de armas tomar, y las hubiera merecido por su lección de "laboriosidad admirable y curiosidad inextinguible", como dijo de ella Unamuno. Pero sobre todas hubiera querido ser académica. No lo consiguió, a pesar de la tenacidad y ardor que puso en el cerco a la docta casa y de los indudables méritos que la asistían.

La candidatura de la Pardo Bazán

Fue hacia 1890 cuando se empezó a hablar de la candidatura de la Pardo Bazán a la Española. Como poco después se especula-

se con la de Concepción Arenal para la de Ciencias Morales y Políticas, y hasta se aventurase la de la duquesa de Alba para la de Historia, el tema de las mujeres académicas hizo correr mucha tinta y dio mucho que hablar en los ambientes literarios de aquellos primeros años de la última década del siglo, hasta el punto de que se convirtió en "la cuestión académica". En la polémica se puso mucha pasión, y el humor y aun la rechifla que el tema feminista, en sus distintas etapas y escalones, despierta siempre.

El fino y escéptico Juan Valera intervino en el asunto con un folleto publicado bajo el seudónimo de Eleuterio Filogyno, es decir, el amante de las mujeres, y titulado "Las mujeres y las Academias. Cuestión social inocente", porque pensaba que, a diferencia de la "cuestión social" por antonomasia —la lucha de clases, que por entonces empezaba a tomar virulencia en España—, se resolvería, llegado el caso, de modo pacífico y sin derramamiento de sangre. No aparecen en el mencionado folleto, al que pertenecen las frases citadas más arriba, los argumentos que suelen atribuírsele: el impedimento que supondría para la vida académica el embarazo y la lactancia; ni el de que, al tener a

señoras como compañeras, quedaría vedado para los académicos el placer de contar chistes verdes. Los que emplea no son mucho más consistentes, aunque sí de mejor gusto y mayor galantería: como los argumentos de que los académicos no trabajarían, por mirar embobados a las señoras, o de que los maridos de éstas podrían mostrarse celosos. Todo ello, naturalmente, en tono humorístico. Pero lo cierto es que aun reconociendo los altos méritos de las tres mujeres por las que había surgido la "cuestión", y declarando "no ser partidario de Mollère, Quevedo, Moratín y otros autores inciviles, que tantas burrias han dicho contra las mujeres doctas, sino de aquellos que como doctas las han ensalzado", Valera no quiere mujeres en las Academias. Tal pretensión le parece una idea "prosaica y ramera", aproximadamente por las mismas razones viscerales por las que los miembros de casinos o clubs exclusivamente masculinos no las quieren en ellos.

Para la Pardo Bazán no se trataba sólo de una cuestión personal, sino que ella creía tener el deber, como feminista entusiasta que era, en nombre de su sexo, "de sostener en el terreno platónico y sin intrigas ni complots, la

aptitud legal de las mujeres que lo merezcan para sentarse en aquel sillón mientras haya Academias en el mundo". Tras su primer fracaso pensaba que, aunque lo que subyacía en la discusión no era su derecho a ser académica, sino el derecho y aptitud de la mujer para alcanzar esa sanción oficial, quizá por su actitud militante y por su personalidad, que muchos consideraban arrogante, había hecho un "detestable candidato femenino a la Academia", y que pudiera "ocurrir que alguien, aparentando negar el derecho femenino, en realidad sólo me lo niegue a mí". Por lo cual proponía que "al hablar de esta cuestión, eliminen por los siglos de los siglos amén, mi nombre y mi persona", y prometía consagrar sus energías a la candidatura de Concepción Arenal para la de Ciencias Morales y Políticas. Pero ni ella ni sus partidarios se olvidaron del tema. Ante una nueva campaña a su favor, en 1912, don Alejandro Pidal y Mon, entonces presidente de la asediada corporación, participó "que la Academia siente mucho no poder resolver... la cuestión de la señora condesa de Pardo Bazán, por no consentirle sus Estatutos y el respeto que le merecían tradicionales acuerdos de la Academia, que forman, por decirlo



Fracasada su candidatura a la Academia de la Lengua, por razones que hoy llamaríamos sexistas, Emilia Pardo Bazán (derecha) dedicaría todas sus energías a defender la candidatura de Concepción Arenal para la de Ciencias Morales y Políticas.

así, parte de su interna constitución".

Doña Isidra Quintina de Guzmán y La Cerda, académica, y a los diecisiete años

Que los Estatutos no hacían mención del sexo de los académicos —seguramente por no haberseles ni pasado por la cabeza a sus redactores la posibilidad de que lo fueran mujeres—, habla sido mostrado desde antiguo por

sobre si deberían admitir mujeres en su seno, dirimiendo la cuestión a favor de éstas. Por cierto, que la señorita Isidra Quintina, hija de los condes de Oñate y marqueses de Miraflores, fue también miembro de la Sociedad Madrileña de Amigos del País y académica de Historia. Sus méritos para tan insólitas distinciones eran que, gracias al raro talento que había mostrado desde su infancia, a los diecisiete años se encontraba tan instruida en griego y en latín como en su lengua propia, y realizaba unas perfectas traducciones, enriquecidas con notas que demostra-

saire que ante igual pretensión había sufrido en 1853 Gertrudis Gómez de Avellanada, escritora romántica de origen cubano, tan desmesuradamente elogiada en sus tiempos como injustamente olvidada después. Poetisa estimadísima, autora teatral que obtuvo en este terreno éxitos resonantes, novelista menos afortunada, dado el aprecio en que la tuvieron sus contemporáneos, bien podía esperarse que la Academia la hubiera admitido en su seno, a pesar del grave inconveniente de vestir faldas. No fue así y quedó por ello la vehemente cubana muy resentida

po de mujer pudiera ocupar el sillón que había dejado vacante precisamente Juan Nicasio Gallego, mentor y gran admirador suyo.

Las últimas candidatas

Nada más lejos de los ardores belicosos de la Pardo Bazán que la actitud de las mujeres que en nuestros días han sido presentadas como candidatas al dichoso sillón. Todas ellas han hecho alarde, valga la paradoja, de discreción, cualidad que los hombres aprecian extraordinariamente en las mujeres. Ninguna de ellas se muestra feminista militante, sino que parecen más bien partidarias de que "el movimiento se demuestra andando" y de la labor "perseverante y callada". Descontados sus indudables méritos y admitiendo que muy lentamente la discriminación contra la mujer va cediendo en todos los terrenos, creo que esa actitud ha tenido parte importante en que las seculares resistencias se hayan por fin desvanecido. Sospecho que una feminista "enragée", en el supuesto de que hubiera alguna con el suficiente y demostrado talento literario o gramatical, hubiera hecho cerrar filas a los académicos como en los mejores —o peores— tiempos. Pero como no es el caso, no merece la pena especular sobre ello.

Hace unos años, creímos llegado el-tan-largamente-esperado momento cuando se presentó la candidatura de doña María Moliner, autora de una sola pero monumental obra, un "Diccionario de uso del español", fruto de la formación de toda una vida y de una ingente labor de quince años.

Menuda, serena, dulce, "discreta", doña María Moliner puso manos a su obra en un momento en que, encaminados sus cuatro hijos en sus respectivas carreras profesionales y ausente su marido, catedrático de Física en la Universidad de Salamanca, según sus propias palabras, "había un punto, en la tarde, en que realmente me sentía vacía, sentía que algo me faltaba". En lugar de sucumbir a la melancolía, al "indefinible malestar" de la condición femenina, se puso a trabajar con entusiasmo en el diccionario. Y ahí está, prestando una ayuda inestimable a muchas personas, sobre todo extranjeros, que desean poseer nuestra lengua y que necesitan saber, no lo que significan, sino también "cómo se usan" nuestras palabras. Claro que una cosa así no se improvisa. Como decía nuestra pionera feminista del siglo XVIII, doña Josefa Amar de Borbón, es necesario el estudio "para hacer un uso saludable del tiempo, prevenir recursos para todas las edades y sucesos de la vida, adquirir nuevas ideas y estar contento fuera del bullicio de las gentes". ■



Hace unos años, creímos llegado que el tan largamente esperado momento de que una mujer, en la persona de María Moliner, entrara en la Academia, pero no fue así. Tampoco esta vez se ha producido semejante suceso. El elegido, para cubrir la vacante dejada por don José María de Cossío, ha sido el teniente general Díez-Alegria.

los partidarios de las presuntas académicas. Y puestos, a encontrar argumentos, habían hallado que, de hecho, había habido académicas en diversas Academias en el siglo XVIII, y concretamente en la de la Lengua lo había sido doña Isidra Quintina de Guzmán y La Cerda.

Esta señorita, al parecer portentosa, había sido nombrada académica el 2 de noviembre de 1784, a los diecisiete años de edad y por deseo de Carlos III. Gran admirador de su talento, el Rey dispuso poco tiempo después que se le admitiera a realizar los ejercicios para el grado de doctor en la Universidad de Alcalá, lo que ella hizo disertando, en medio de la admiración y entusiasmo general, según describen crónicas de la época, sobre un texto de Aristóteles. El mismo Carlos III, en un acto muy propio del despotismo ilustrado, intervendría también en la larga disputa que mantenían las sociedades de Amigos del País,

ban su erudición en mitología, historia y geografía. Sabía también francés e italiano, y poseía vastos conocimientos de literatura española. Lamentablemente, tan extraordinarias dotes parece que se quedaron en aguas de borrajas, ya que lo único que ha legado a la posteridad son sendos discursos "del género eucarístico", es decir, de gracias, correspondientes a cada una de las distinciones con que fue honrada. Se sabe que poseía también una notable belleza y que casó con Rafael Alonso de Sousa, marqués de Gadalcazar. Probablemente se hundiría en una oscura vida de buena madre y amante esposa.

El fracaso de Gertrudis Gómez de Avellanada

Cuando Emilia Pardo Bazán empezó su batalla por el sillón académico, todavía se recordaba el de-

da. Fruto de este desengaño fueron una serie de artículos bajo el título general de "La mujer", desenfocada defensa del sexo, de argumentos muy pobres, y aun contrarios a su objeto. Tras su propio fracaso en el empeño, la Pardo Bazán le escribió unas cartas de solidaridad en los infortunios académicos, dirigidas a los Campos Elíseos, pues la ilustre poetisa había muerto en 1873.

Desconcertados porque el talento que le reconocían pudiera darse en una mujer, Zorrilla había dicho de ella que era un "alma de macho metida por Dios en un cuerpo de hembra". Ya cuando el estreno de su drama trágico "Munio Alfonso", Juan Nicasio Gallego había salido murmurando: "¡Es mucho hombre esta mujer!", frase que corrió de boca en boca y fue muy celebrada, por más que la poesía de la Avellanada fuese bien inequívocamente femenina. En todo caso, su supuesta alma masculina no le sirvió para que su cuer-